

	MES	TRIMESTRAL
Madrid...	10 rs.	30 rs.
Provincias...	12	36
Extranjero...	24	72
Las Antillas...	24	72
Las Filipinas...	24	72

Se insertan anuncios a razón de 25 céntimos línea, a precios convencionales según las circunstancias de los mismos. También se admiten remittidos y comisiones a precios igualmente convencionales. El Eco de España se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

Madrid. Administración y Redacción de este periódico, calle de la Visitación, 8. 2.
Extremadura. - Para suscripciones y anuncios, C. A. Sastre, en la imprenta de E. Déniz, en la calle de la Visitación, 8. 2.
Londres. Para suscripciones y anuncios, C. A. Sastre, en la imprenta de E. Déniz, en la calle de la Visitación, 8. 2.
En Madrid la suscripción se abonará en efectivo. Las de provincias del propio modo, o por libranza de giro mutuo, o sellos de correos, y también por letra de exacta realización a favor de la Administración de este último número, o bien haciendo el abono en efectivo, se servirán las suscripciones en Ultramar.
El importe de las suscripciones que se envían por cualquiera clase de giro, se suplica que sea en carta certificada.

AÑO III.

MADRID.-Jueves 14 de Noviembre de 1872.

NÚM. 841.

CRÓNICA PARLAMENTARIA

CONGRESO.

Comenzó la sesión de ayer por un florido discurso del Sr. Corona en apoyo de una proposición pidiendo la exención de pago de derechos para las baldosas destinadas a la biblioteca colombiana. Fácil es comprender que por mucho partido que se quisiera sacar del asunto, no se prestaba a muy elevadas consideraciones, por lo cual deseamos oír en otra cuestión de mayor importancia al Sr. Corona, que desde luego muestra cualidades de orador y habla con facilidad y elegancia.

Entrándose en la orden del día, que era la discusión del Banco hipotecario, habló en contra el Sr. Pi y Margall, pronunciando un excelente discurso, en que ni faltaban datos importantes ni pormenores que excitaban viva y profundamente la atención de la Cámara. El Sr. Pi y Margall tiene dotes especiales para las cuestiones económicas, y pocos le aventajan en discusiones sobre esta materia, de tanto interés en la actualidad.

No fué tan afortunado en su tarea el señor Pasaron, que le contestó, y al cual la minoría republicana hizo más escabroso con su actitud el camino que tenía que recorrer.

Seguile el Sr. Fernandez Vazquez, que aunque perteneciente a la mayoría radical, declaró que en esta cuestión hacia la oposición al Gobierno. El Sr. Fernandez Vazquez es un joven que posee conocimientos especiales en Hacienda, materia árida para un principiante, y trató la cuestión con gran copia de datos importantes, muchos de ellos nuevos, dando muestra de que puede lucir en las tareas parlamentarias.

La sesión de la noche fué a beneficio del señor ministro de Hacienda, que pronunció un extenso discurso, contestando a los pronunciamientos por los Sres. Ramos Calderon, Sarda, Salaverría, Pi y Margall y Fernandez Vazquez.

[Tarea impropia y tarea muy superior a las fuerzas del Sr. Ruiz Gomez]

El señor ministro de Hacienda tuvo flores para todos sus nobles adversarios, y estuvo verdaderamente hiperbólico en algunos momentos. Si tuviera el Sr. Ruiz Gomez tanto dinero en el Tesoro, como bondad en el corazón y aplausos para los que han combatido sus proyectos, sería un ministro inmejorable, y se hubiera pagado ya el cupon que venció en 1.º de Julio, en vez de que estamos en Madrid en la bola 46 de la 300 que hay que pagar sólo en los depósitos de la Caja.

En cuanto a argumentos, el señor ministro estaba tan flojo como de dinero para satisfacer las atenciones corrientes.

Refirió la historia de la crisis, y leyó varios estados, con los que se prueba que sí, que no y qué se yo. Esos estados han servido hasta ahora para salir del paso a Figueroa, Camacho, Angulo y todos los ministros de la revolución. Esos estados son una especie de dominós con que se disfrazan los ministros de Hacienda de la revolución, y embroman al país.

En seguida habló del Banco como un padre de su hijo; y de todos modos, hacemos la justicia al señor ministro, de que cumplió con su deber resumiendo el debate sobre la totalidad.

Los artículos han de dar lugar todavía a muy largas y animadas discusiones que durarán toda la semana.

ACUSACION INJUSTA.

Al dar cuenta varios de nuestros colegas de la situación alarmante en que se encuentran algunas provincias, amenazadas de una próxima sublevación republicana, exclaman, como con una mezcla de asombro y de indignación: «¿y entretanto el Gobierno sin tomar medida alguna!»

Semejante exclamación, que parece muy natural, revela una ingenuidad y un candor, que al propio tiempo que honra a los que la hacen, demuestra el gran poder que tiene y ejerce la tradición sobre los espíritus. Es evidente que al prorumpir en esa exclamación se cree que hay verdadero gobierno; que lo es lo que lleva el nombre de tal, y que puede hacer lo que siempre han hecho los que se llamaban y eran verdaderamente gobiernos.

En aquellos tiempos, cuando había Gobierno y había leyes y autoridad para salvar en los momentos supremos a la sociedad, podía comprenderse el asombro de los que, después de haber anunciado la inminencia de un trastorno y de que ya fuese de pública notoriedad, hubiesen visto que el Gobierno se cruzaba de brazos y nada hacía para conjurar la tormenta; que no dictaba disposición alguna preventiva; que no ponía en acción los medios que podía poner; que dejaba que los conspiradores se asegurasen y armaran, y que todo se abandonaba al azar, resistiéndose a dar crédito a lo que se le decía y a proteger ostensiblemente todos los intereses amenazados.

Mas ahora, cuando el Gobierno no puede ser verdadero Gobierno; cuando tiene que vivir de la benevolencia de los mismos de quienes se le dice que se van a sublevar; cuando no puede hacer otra cosa que gestionar para no ser derrotado en una votación; cuando legalmente no tiene facultades para adoptar medida alguna preventiva; cuando la fuerza moral de sus delegados en las provincias es nula y el prestigio del Gobierno también nulo, pues cuenta con un número insignificante de partidarios; cuando, en una palabra, es sólo una sombra de Gobierno, ¿qué ha de hacer? ¿Para qué se le ha de pedir lo que se pide a los verdaderos gobiernos?

Aun en esas desfavorables circunstancias;

aun careciendo de fuerza moral; aun imposibilitado de hacer algo de provecho; aun teniendo contra sí el espíritu democrático de la actual legislación, todavía podría invocarse su auxilio si contase con la fuerza material; todavía se le podría pedir que se dejase de escrúpulos y se atuviera a la ley suprema de la salvación de la sociedad; que saltase por encima de la Constitución, si esta había de ser un obstáculo para la conservación del orden, que es la suprema necesidad social.

Mas ¿con qué fuerza material puede contar en los presentes momentos para sofocar una insurrección, ni aun siquiera para impedir que estalle, para lo cual se necesita menos? Ya se vio lo sucedido en el Ferrol, donde los republicanos a pesar de hallarse aislados, no triunfaron por falta de dirección: hubo que llevar tropas de todas partes, y aún así apenas se pudo reunir las necesarias para el ataque. Ya se está viendo lo que sucede en Cataluña, donde las partidas recorren impunemente todo el principado, sin que sea posible darles alcance o batirlas por la escasez de fuerza de las llamadas columnas, que no son otra cosa que pequeños destacamentos.

¿Qué sucedería si a un tiempo hubiese cuatro, seis o más sublevaciones en puntos separados por una distancia de ochenta, ciento o más leguas? Llegaría la noticia de una sublevación en tres o cuatro puntos de Andalucía, y al mismo tiempo el de otras en Galicia, Santander, Cataluña, Aragón y alguna otra provincia; ¿qué hace el Gobierno, si cada una de esas sublevaciones exige para ser dominada, el empleo de fuerzas considerables? ¿De dónde saca esas fuerzas?

No hay, pues, que pedirle lo que no puede dar, ni culparle porque no haga: es sabido que se estimó como muy buena e incontestable exculcración la del jefe del cuento, que no había hecho las salvas de ordenanza para celebrar el santo del rey: la primera de las cincuenta razones que dicen le habían asistido para prescindir de aquel homenaje de ordenanza, era la de no haber tenido pólvora, con lo cual se cortó la discusión y no hubo necesidad de oír las cuarenta y nueve razones restantes. El Gobierno se halla en un caso muy parecido, y es una injusticia acusarle de que no hace salvas, cuando se sabe que no tiene pólvora para hacerlas.

Pero se dirá, ¿ha de quedar el país completamente indefenso y a merced de los primeros que se quieran sublevar, imponiéndose primero a la ciudad, después a la provincia y por último a la nación? No: completamente indefenso no queda ni puede quedar el país: está y estará perfectamente defendido; el país tiene una Constitución, la más democrática del mundo, tiene un sistema completo de libertad, tiene el sistema represivo y la inmensa felicidad de haber destruido el sistema preventivo, y tiene en el poder a los radicales, que son la legítima expresión de la voluntad general.

Si esa Constitución no sirve de garantía al país, a pesar de que es, o tal vez porque sea la más democrática del mundo, si el sistema de libertad no ha de amparar a los ciudadanos ni consentir un momento de reposo, si el sistema represivo no ha de servir mas que para el pobre diablo que cae debajo, y no para los que, a consecuencia de haber prescindido del sistema preventivo, se han hecho más fuertes que el poder público; si a pesar de hallarse en el Gobierno los radicales, vienen otros, los arrojan de sus puestos y se hacen dueños del país, entonces reniegues del porvenir de esta noble y generosa porción de la raza latina; dígame que no está preparada para la libertad y merece arrastrar la cadena de los esclavos; que este es un pueblo que muda inconscientemente de opinión, y a pesar de ser exclusivamente radical se hace de la noche a la mañana exclusivamente republicano; dígame, en una palabra, lo que se quiera, mas no se culpe al Gobierno, que está inocente de tales y tan graves cosas.

¿No podría ese Gobierno, dirá algún curioso observador, cometer para evitar el conflicto alguna pequeña ilegalidad, por ejemplo, la de no hacer maldito el caso de la Constitución? Porque así como salta por encima de ella para deportar carlistas y republicanos después de presos... Basta; esas cosas sólo se hacen con los vencidos, mas no se hacen con los que pueden ser vencedores; cuando caigan debajo ya se les aplicará todo el rigor de la ley: para eso es el sistema represivo; ese es el saludable temor que contiene a los que piensan en sublevarse; ¿y si a pesar de todo se sublevaran y triunfaran? Entonces queda un gran recurso: tener paciencia.

AGONÍAS FEDERALES.

Hace tiempo que hemos anunciado la disolución de ese partido que se llama republicano federal, que nació con la revolución de Setiembre y ha venido desarrollándose y adquiriendo cierta preponderancia en determinadas localidades a la sombra de la anarquía, con los contingentes de la demagogia y con la protección del gobierno revolucionario.

Desde luego comprendemos que el federalismo había hecho abortar la idea de república que hizo nacer en algunas imaginaciones volcánicas la desaparición del trono legítimo y de la dinastía secular por efecto del vértigo revolucionario, y que su organización ficticia y aparente robustez no eran otra cosa que el resultado de una fascinación, de un delirio o de un espejismo político a que se entregaba la muchedumbre en determinadas localidades, como acontece frecuentemente en las grandes perturbaciones políticas o cataclismos sociales producidos por revoluciones insensatas, que al destruir las instituciones seculares dejan a los

pueblos entregados a la incertidumbre de un porvenir oscuro y pavoroso.

La idea de la república nos alarmó a la raíz de la revolución; temíamos las consecuencias de un ensayo, tanto más posible y peligroso, cuanto que el poder había venido a manos de los corifeos del republicanismo, que tradujeron en leyes, y llevaron a la Constitución del Estado sus teorías radicalmente democráticas.

Pero bien pronto hubimos de tranquilizarnos, cuando vimos aparecer la esfinge del federalismo, que ahogando en su origen la aspiración más hacedera y por lo tanto más peligrosa de la república unitaria, ahuyentaba a los más audaces revolucionarios y llevaba el terror, la confusión y el espanto a los pueblos.

Desde entonces hemos seguido paso a paso al federalismo, observando cuidadosamente su organización artificial, y su aparente desenvolvimiento, que no era en realidad sino una gradual y necesaria descomposición, síntoma precursor infalible de su muerte, retardada por la debilidad de los poderes públicos, por el descrédito de las nuevas instituciones, por los extravíos de la revolución y por los excesos de la demagogia.

Viose desde el principio en el partido federal un marcado dualismo que determinó su fraccionamiento en dos distintas escuelas o sectas, la individualista y la socialista que parten de principios esencialmente opuestos, y que responden a un sistema diverso. Vino después el comunismo, con ocasión de los tristes acontecimientos de París, a aumentar la perturbación del partido federal con el siniestro resplandor de sus pavorosos incendios, de sus infames asesinatos y de sus horribles devastaciones; y por último, el federalismo acabó de desacreditarse, de fraccionarse y de anularse políticamente, haciéndose solidario y cómplice de todas las maquinaciones y delirios de la Asociación Internacional contra la religión, contra la propiedad, contra la familia y contra las instituciones y principios que constituyen los fundamentos de la sociedad.

A pesar de esto, todavía conservaba el partido federal cierta apariencia de organización que encubría su debilidad y que ocultaba a los ojos de los que sólo miran a la superficie y no al fondo de las cosas, el vicio intrínseco de sus múltiples escisiones y de sus profundas rivalidades interiores.

Algunos escritores discolos, intransigentes y ambiciosos, vinieron a revelar el estado de descomposición en que se encontraba dicho partido, cuya dirección quisieron disputar a sus antiguos jefes, y desde entonces estalló entre unos y otros la guerra implacable y sañuda que ha venido al fin a determinar su completa disolución.

Desde las columnas de los periódicos intransigentes, desde los clubs socialistas y desde los comités en que preponderan los elementos de que dispone *La Internacional*, se insulta, deprime y amenaza al Directorio, a los diputados y senadores republicanos y a la Asamblea federal, y en nombre de *La Bandera Roja* se les llama traidores, y se pregona sus cabezas, para arrojarlas al día del triunfo como pasto a la voracidad del vandalismo federal.

No es esto solo; para demostrar que no reconocen autoridad alguna, que no obedecen a ningún sistema, ni responden a ningún principio, ni se acomodan a ninguna organización, que pueda contener el vértigo de sus ambiciones y el desquiciamiento total con que amenazan a la sociedad, los intransigentes han constituido por sí mismos un consejo o gobierno provisional ejecutivo que se ha impuesto la misión de promover la revolución armada, de organizar la guerra civil y de llevar hasta sus últimos límites la usurpación que se prometen y la catástrofe social con que sueñan.

La primera y natural consecuencia de este fenómeno político-social es la anulación completa del federalismo como partido político, que de hoy más queda reducido a la condición de una sociedad secreta entregada a un poder misterioso, bastardo e impotente, cuyas maquinaciones podrán ocasionar grandes trastornos y aumentar la perturbación del país, pero serán siempre ineficaces para alcanzar un fin político y para constituir un poder verdadero.

Bajo este punto de vista, la descomposición del federalismo y su desaparición como partido político debe halagar a todos los conservadores y a todos los que, como ellos, aspiran a mejorar la suerte del país y a salvar la sociedad, próxima a caer en el abismo abierto por la revolución; pero al propio tiempo la actitud alarmante y demoleadora en que se han colocado las fracciones más avanzadas e impetuosas que componían ese partido tan turbulento y tan emprendedor, debe hacernos comprender los peligros que amenazan a la sociedad y la necesidad de conjurarlos por medio de una alianza estrecha y patriótica de todas las clases conservadoras y de todos los españoles que sinceramente se interesan por la honra y por la salvación de la patria.

EL PRESUPUESTO DEL CLERO.

Tanto y con tal abundancia de razones y de datos han hecho presente en sus exposiciones a las Cortes los ilustrados y dignísimos prelados de la Iglesia de España contra el absurdo e infame proyecto de ley—con cuyos adjetivos le calificó en el Congreso un notable orador y distinguido diputado—que fija el presupuesto de obligaciones eclesiásticas, y las modestamente denominadas relaciones entre el clero y el Estado, y tanto, muy fundado, no contestado hasta hoy por nadie, hemos escrito nosotros en diversas ocasiones que juzgábamos ya innecesario volver a ocuparnos de este asunto. Pero al llegar ahora a nuestras manos copia del

dictamen emitido por la comisión del Congreso, creemos indispensable romper el silencio que nos habíamos impuesto, y acudir velozes a impugnar los errores de más bulto y los despropósitos de mayor magnitud en que abunda ese malhadado documento. Hay necesidad de hacerlo brevisísimamente, porque la discusión está tan inmediata que es muy posible se realice al mismo tiempo que la publicación de las presentes líneas.

La comisión, que presume de sabia, que la echa de dómine con frecuencia, y que en cada párrafo intenta dar lecciones a los únicos maestros de la doctrina católica, y a los hombres consumados en la ciencia (ya se comprenderá que nos referimos a los MM. RR. Arzobispos y RR. Obispos), demuestra constantemente en su escrito una grande ignorancia, y por tal razón el trabajo adolece de defectos visibles, como que se sustenta en bases contrarias a todo recto y justo principio y a la verdad histórica y científica. Vamos a hacerlo ver claramente.

En los primeros párrafos del dictamen se da por indudable que más corresponde a la potestad civil lo que toca a los intereses temporales del clero que a ningún otro poder; y como en este asunto se padece un error importante, conveniente es rechazarle en absoluto.

Lo que toca o pertenece a los intereses temporales de la Iglesia (no del clero, que así no acostumbramos a hablar ni a escribir los que profesan el catolicismo), corresponde de derecho, y ha correspondido siempre, a la misma Iglesia. Esto sí que es indudable, y en prueba de ello, la Iglesia estableció el derecho de adquirir y de poseer bienes; estableció los diezmos; estableció las primicias; estableció los impuestos denominados de estola y de pie de altar; estableció otras varias rentas, y todo lo hizo por sí sola, sin impartir para nada el auxilio y ni aun la aquiescencia de la potestad civil. Quien desconozca la exactitud de tales hechos desconoce la historia eclesiástica y civil, y desconoce hasta el último de los mandamientos de la Iglesia.

Aun en nuestros días, en los que tanto y tan indebidamente se ha mezclado el Estado en las cosas de la Iglesia, los Gobiernos no revolucionarios y que han respetado los derechos de esta, han intervenido en los intereses temporales de la misma, haciendo convenios y concordias con la Santa Sede, y sólo con el fin de remediar en lo posible los daños causados por los expoliadores y por los incautadores de los bienes eclesiásticos; de modo que la intervención de la potestad civil ha sido limitada e impuesta por la necesidad, dada la situación extraordinaria creada por poderes abusivos, no teniendo otro objeto que el de contribuir a subsanar los perjuicios irrogados y a indemnizar a los que con ellos habían padecido los rigores de la injusticia y del espanto. Debe tenerse muy presente este particular para no incurrir en nuevo abuso o en torpeza evidente.

La comisión, adelantando su trabajo, pero todavía en el ingreso de él, afirma con seriedad que en el interminable y abigarrado preámbulo que el Sr. Montero Rios colocó al frente de su proyecto, se procura conciliar la dignidad y libertad de la Iglesia católica en todo lo que al dogma, a la disciplina interna y a las funciones del culto atañen y la autoridad del Estado para determinar las relaciones mutuas de naturaleza meramente económica, o que más o menos directamente se rocen con derechos, deberes e intereses de la administración política y civil; y más abajo añade que, desenvolviéndose y acatándose por todos los preceptos de la ley fundamental, es como ha de llegarse a una era nueva y profundamente provechosa para la Iglesia, sin pugnas, sin concordatos que poco más han sido que débiles aplazamientos, sin llegar al extremo de la absoluta separación de la Iglesia y del Estado, y gozando de libertad la primera y con la independencia que reclaman las necesidades de la civilización.

Estas frases, tomadas del dictamen casi al pie de la letra, entrañan ideas inaceptables, y preciso es rebatirlas.

En el preámbulo redactado por el Sr. Montero Rios no se procura conciliar la dignidad y libertad de la Iglesia católica con la autoridad del Estado; lo que se procura es someter completamente la Iglesia al Estado, a las diputaciones provinciales y a los ayuntamientos, haciendo a los prelados, a los canónigos, a los curas y a todos los eclesiásticos, unos asalariados de aquellas corporaciones, de las cuales tendrán que recibir su dotación. Lo que se procura es acabar por entero con la independencia de la Iglesia. Lo que se procura es destruir la admirable organización de esta. Lo que se procura es acabar con los preceptos de la misma, y si fuera posible, con la gran obra del Redentor de la humanidad.

La dignidad y la libertad de la Iglesia desaparecerán, así como su autoridad, ante la omnipotencia del Estado y ante la oligarquía de las diputaciones y de los ayuntamientos; pudiendo darse el caso de ser uno de estos cuerpos enemigo de la religión católica y de negarle los recursos que la ley civil pretende establecer para que vivan una vida de miseria el clero y el culto.

Así entiende la comisión del Congreso la protección que el Estado debe dar a la Iglesia, con arreglo al artículo 21 del Código constitucional de 1869; de modo que a las trabas que este artículo pone a la autoridad, a la dignidad y a la libertad de la Iglesia católica, se agregan por la comisión del Congreso otras nuevas trabas y nuevos inconvenientes.

Ciertamente que la Iglesia, con el desenvolvimiento que se pretende dar a la ley fundamental, va a alcanzar una era nueva. Si está seriamente profundamente provechosa, ya lo presienten y lo dicen los entendidos y celosos prelados españoles, de los cuales, con toda razón y en

magnífico lenguaje, bastante más castellano que el que la comisión emplea en su dictamen, ha escrito uno de ellos que la Iglesia debe gozar la libertad de vivir vida propia y la de propagarse según los medios de su organización; no confundiendo la libertad con el privilegio, como equivocadamente dice la comisión, sin duda por no entender al prelado.

Entre la Iglesia y el Estado en verdad, no habría pugna si el último se contuviera dentro de los límites de sus atribuciones y no invadiera las de la primera, y si respetara los convenios y concordatos hechos con la Santa Sede, como los respeta el clero. Con el cumplimiento exacto de estas leyes no habría nunca necesidad de que se separase la Iglesia y el Estado, ni habría lugar a leyes de relaciones entre las dos sociedades, y gozaría ampliamente la Iglesia de la libertad y de la independencia que reclama su fundación, sin cuidarse de las que dice la comisión reclaman las necesidades de la civilización, frase muy hueca, pero absolutamente vacía de sentido. Expuestas estas ideas preliminares, entraremos mañana más de lleno en la cuestión que es objeto de estos artículos.

EL CONFLICTO HIDALGO.

La cuestión Hidalgo no mejoró nada en el día de ayer para el Gobierno. Este ha tratado, según de público se cuenta, de zanjar el asunto ofreciendo relevar al capitán general de las Vascongadas, tan luego como se presenten a cumplimentarle los jefes y oficiales del distrito, cuyo arreglo parece no ha sido aceptado por el cuerpo de artillería, que ha resuelto no tener relaciones de ninguna especie con el nuevo jefe de las provincias hermanas.

La actitud del cuerpo de artillería es tan digna como debía esperarse de su distinguida oficialidad. La cuestión que se ventila no es una cuestión política; así vemos que desde los jefes superiores hasta los tenientes recién salidos del colegio, todos, sin distinción de clases, y sin previo acuerdo han observado y parecen estar dispuestos a seguir observando la levantada conducta que han iniciado los jefes y oficiales del distrito de las Provincias Vascongadas. Individuos del cuerpo de artillería que concurrieron a Alcolea a las órdenes del general Serrano, republicanos, radicales, todos consideran la cuestión Hidalgo de la misma manera.

Dícese que el Gobierno, en vista del grave conflicto que a sabiendas ha provocado, ha pedido parecer a algunos oficiales del ejército sobre la manera salir del atolladero en que tan voluntariamente se ha metido, y se cuenta de una de las lumbreras recientes que propuso nombrar director general de artillería al general Hidalgo, creyendo que así obligaría al cuerpo a obedecer sus órdenes.

Esta opinión, a ser cierta, es suficiente para juzgar de la capacidad de la eminencia que la emitió.

En nuestro concepto, dos solos caminos quedan al Gobierno para resolver la cuestión: relevar al capitán general de las Provincias Vascongadas, en cuyo caso saldrá más lastimado y desprestigiado de lo que está, o sostenerle en su puesto, lo cual es, a nuestro entender, humanamente imposible, dada la actitud en que se encuentra el cuerpo de artillería.

No falta, sin embargo, quien supone que el Sr. Hidalgo presentará la dimisión, mediante la promesa que se le ha hecho, o se le hará, de ser colocado en el Consejo de la Guerra, de encargarle de la dirección de carabineros o nombrarle para otro puesto elevado. El medio sería sin duda el más conveniente para el Gobierno; pero en su ejecución encontramos varios inconvenientes. Primero: ¿Querá dimitir el Sr. Hidalgo, que al aceptar el mando de las Provincias Vascongadas ha debido prever las consecuencias de su aceptación, y contar con que el Gobierno le sostendría? Casi puede asegurarse que no. Segundo: dado caso que efectivamente se consiga que el Sr. Hidalgo dimita, después del carácter que ha tomado la cuestión con los artilleros, ¿puede esperar el Gobierno que no ocurra otro conflicto en el nuevo destino que confiera al Sr. Hidalgo?

Esto no debe desconocerlo ni el Gobierno ni el Sr. Hidalgo, y al fin y al cabo tendrán el primero que contentarse con no utilizar los servicios de este general, y el segundo con quedar cobrando su sueldo de cuartel, reconociendo que si en este país se puede, a poca o a mucha costa, llegar a altos puestos en la milicia, existe aún en el ejército un profundo sentimiento de dignidad, de que acaban de dar una señalada muestra los jefes y oficiales de artillería.

Los republicanos de Cartagena quieren dar un disgusto al Gobierno. El elemento benévolo ha tenido últimamente una reunión con objeto de discutir la necesidad de acudir a las armas para obtener un triunfo completo; opinando la mayor parte de los concurrentes por que era llegado el momento de librar una batalla a los elementos monárquicos.

También se convino en publicar un manifiesto que acentuase más la oposición al Directorio.

Los intransigentes no se han parado en barras y han publicado ya un manifiesto en el que se declaran enemigos del Directorio y dicen que sólo esperan de la revolución violenta el triunfo de la república federal.

Del dicho al hecho ¿cuál será el trecho que concederán al Gobierno?

Un periódico ha dicho que la masonería iba a exigir responsabilidad al Sr. Ruiz Zorrilla, por haberse opuesto a la abolición de la pena

de muerte, y ayer publicó *La Igualdad* el siguiente documento:

«Señor director de *La Igualdad*.
R. LOG. CAP.—TEMPLO DE LA LIBERTAD.—VALLA-
DOLID.—C. OR.—NAC. DE ESP.
VALLADOLID 6 de Noviembre de 1872.—Muy se-
ñor nuestro: Considerando en cuanto valen las apor-
taciones de su apreciable periódico al juzgar á don
Manuel Ruiz Zorrilla por su conducta, según se dice,
como alto puesto en la masonería, en la cuestión de
la abolición de la pena de muerte en el Congreso de
los diputados, creemos de nuestro deber manifestar
que no pertenece al número de los masones establi-
dos bajo los auspicios del Serenísimo Grande Oriente
Nacional de España que si es mason, es irregular;
así como, sea cual fuere el grado que en la Orden
tenga y el cargo que desempeñe, su modo de proce-
der es entusiasta; que los individuos de este tal-
ler protestan energicamente de su manera de obrar,
y que si á él perteneciera, le hubieran declarado trai-
dor á la Orden, indigno de pertenecer á ella, y acre-
dor al castigo que merecen los que faltan á sus sa-
grados juramentos.
De Vd. afectísimos seguros servidores O. B. S. M.
—Por mandado de la logía, el secretario, Riego g.
—El H. O., Sixto Cámara.—El V. M. A., Pitágoras.
—El primer vig. A., Bolívar.—El segundo vig. A.,
Lincoln 2.º.—El H. tesoro, Colon 2.º.

Toda esta ridícula gongorina prueba des-
pués de todo que la masonería se va exten-
diendo por España, y que los católicos tienen
el deber de estar alerta y combatir esa funesta
sociedad, tantas veces anatematizada por la
Iglesia.

De nuestro apreciable colega *La Legiti-
midad* de Sevilla, tomamos el siguiente escan-
dalo, que pudo dar lugar á un grave con-
flicto por el poco caso que se hacen de los de-
rechos individuales. Si el héroe del aconteci-
miento se valió de una sutileza, no por eso
dejaba de tener razón al ampararse con el tí-
tulo 1.º de la Constitución:

Hé aquí cómo se expresa nuestro colega:
«En la noche del domingo último presencié Se-
villa un motín que, no quisieramos que por el buen
nombre de la población se repitiera. Llevaban un
municipal y dos serenos detenido á un mozo que en
una rúa había como á las diez en la plaza de la
Alfalfa había hecho ostentación, y se disponía á ha-
cer uso de su enorme cuchilla.
Este sujeto pidió que lo dejaran llegar á su casa,
calle de Caballeros, á tomar la cama. Accediéronle
los conductores, y una vez dentro de aquella, invocó
el título I de la Constitución democrática, y dijo que
ni salía ni permitía que entrara ninguno de los que
le habían acompañado. Burlados los serenos entra-
ron en la casa, y al salir, el sujeto se echó á reír.
Albortó el barrio, y la gente de todas
partes, hubo pedradas como cañonazos, salieron
á relucir los sables, y mal lo hubieran pasado los se-
renos que habían excitado la indignación pública, si
presentándose el segundo jefe del cuerpo, el alcalde
del barrio, y algún otro funcionario, no hubiera el
primero arreglado á la multitud, hecho conducir al
municipal á la casa de socorro más inmediata, y á
los serenos, en clase de detenidos á su vez, al ayun-
tamiento.

Cuando á las once de la noche pasamos por la
plaza de San Francisco el grupo de gente, en acti-
tud poco tranquilizadora, llegaba hasta el edificio de
la Audiencia. Poco á poco se fue disolviendo aquel,
con la promesa de que los serenos en cuestión se-
rían castigados según su falta. Diéronnos allí mismo
por persona impresa, al parecer, los datos que he-
mos trascrito, estando pronto á rectificar cuan-
quiera inexactitud que tengan.

De todos modos, el hecho no ha podido ser más
escandaloso, y debe evitarse á toda costa que se re-
pita.

El Diario Español publicó anoche un ar-
tículo titulado *Quiénes son los revolucionarios
de Septiembre*, que recomendamos á nues-
tros amigos, y muy especialmente á los minis-
tros de las últimas administraciones modera-
das, á los ministros compañeros del señor du-
que de Valencia y del Sr. Orovio, y á los que
prefieren la *ancha base* de alfonosinos, como
El Diario Español, á los alfonosinos verda-
deros.

No contestamos á *El Diario Español*, co-
mo es nuestro deber, porque anuncia un se-
gundo artículo sobre el mismo tema y nos gusta
tener todos los datos á la vista; pero se
equivocan los que creen que nosotros hemos
de sufrir en silencio semejantes provocaciones.
De paso pondremos muy en claro y muy
de manifiesto quiénes son los verdaderos in-
transigentes y los verdaderos conciliadores,
puesto que no hemos de tolerar semejante abu-
so de las voces y de la verdad.

No deja de ser extraño que en época de
tanta publicidad como la presente ocurran mis-
terios tan tenebrosos como los que denuncia
La Política en el siguiente suelto:

«Estos días son para nosotros días de avisos ex-
traños y de noticias curiosas. Ayer habíamos de
una entrevista misteriosa entre dos personas no-
tables, que ha llamado mucho la atención en los círcu-
los políticos. Hoy tenemos que dar cuenta de otro
suceso singular, que parece un capítulo de la novela
Misterios del Sacerdote. Vamos á decir de lo que se
trata, tan lisa y llanamente como se nos comunica.
La prensa dió noticias hace días de la llegada á
esta capital, desde Valencia, de un preso llamado Jo-
sé Genoves, y de cierto incidente ocurrido á su lle-
gada en el camino de hierro, en la estación del Ma-
drid. Este individuo, aunque fugado del Saladero,
fue llevado á las prisiones militares, sin que nadie
guara buen fin, y por lo pronto causó al digno gober-
nador de aquel establecimiento una prisión de varios
días por no haberse quejado de formalidad en la
administración, castigada, según hemos oído de-
cir, con demasiado rigor.

Paréceme, pues, que el expresado suelto, que lleva
más de quince días presé, sin que ninguna autoridad
ni juez haya parecido á tomar declaración, abun-
dando de verse solo y olvidado, hizo antever de ade-
lante un poco, demasiado tal vez, en un almuerzo
sencillo, y empezó á gesticular bastante fuerte para ser
oído de algunos amigos nuestros que, por ser hora
de visita, hacían un rato de compañía al coronel So-
lís, cuyo cuarto de cuartel se halla situado tres ó
cuatro puertas más allá del de aquel.

El héroe de esta historia se conoce que estaba
muy excitado, y entre las voces que daba repelía á
cada paso que el republicano federal neto é in-
transigente, que llevaba muchos días de estar encer-
rado, que no era eso lo conveniente, y que si no ve-
nían pronto no decía nada de lo de la barraca, que si
hubiera sabido lo que le iba á suceder no habría ve-
nido aunque se lo mandara Dios, y otras declamacio-
nes y palabras incoherentes por el estilo.
Si esto fuese cierto, y nos inclinamos á creerlo en
vista de los pormenores que con el tono de la mayor
seguridad se nos comunican, sería raro, en efecto, que
el preso fuido de la cárcel del Saladero hubiese si-
do llevado ahora á las prisiones militares, y más ra-
ro aún que se hubiesen ojeado pasar tantos días sin
recibir declaración; tanto más raro cuanto que se
nos añade que el juez y el promotor fiscal del distri-
to del Congreso tienen conocimiento de la venida á
Madrid de Genoves, y parece que una de estas últi-
mas noches han ido á visitar á un personaje de la
situación que desempeña altas funciones, quizá para
consultarle sobre el particular.

Pero lo que más ha excitado la curiosidad de los
amigos á quienes nos referimos, es la frase *lo de la
barraca*. ¿Qué será eso de la barraca? se preguntan,
y algunos han dado en sospechar si esas palabras da-
rán lugar á algún nuevo extraño incidente en la ce-
lebrada causa, al cabo de dos años todavía en su-
mario, que se instruye en averiguación de los auto-
res del atentado de la calle del Turco. Misterios,
misterios, que quizá se aclaran con el tiempo!

Entretanto, lo único que de positivo se sabe, es

que, sin duda para evitar algún nuevo escándalo, ó
intemperancia de lenguaje por parte del preso, ó por
otras razones que no están al alcance de los profa-
nos á los misterios de San Francisco, el Sr. Genoves
ha sido trasladado á las habitaciones del piso prin-
cipal, donde se hallan los cuartos de los generales y
jefes. Esto demuestra que el preso es pájaro de cuenta,
y que no se quiere que cante tan alto, ya que no
tan claro.

Hé aquí la enmienda al presupuesto del
clero que han presentado al Congreso varios
de nuestros amigos, y que será apoyada por el
señor Jove y Hévia:

«Los diputados que suscriben tienen la honra de
proponer al Congreso la siguiente enmienda al dictá-
men de la comisión del proyecto de ley fijando el
presupuesto de obligaciones eclesiásticas y las rela-
ciones económicas entre el clero y el Estado:

El artículo 1.º se sustituirá por el siguiente:
«Mientras que cosa no se acuerde entre ambas
potestades, la nación contribuirá á la Iglesia con las
cantidades que resultan de las obligaciones contraí-
das por el Concordato de 1851 y Convenio de 1859.»
Después de este artículo se intercalará el que
sigue:

«Para el cumplimiento de esta obligación no se
exigirá al clero ninguna clase de juramento polí-
tico.»

Palacio del Congreso 12 de Noviembre de 1872.—
P. de Jove y Hévia.—El conde de Pallares.—Estéban
Collantes.—Pedro Salaverria.—Cipriano Piñero.—
Domingo Caramés.—Conde de Toreno.

En *La Iberia* leemos lo siguiente:

«Leemos en *El Debate* de ayer:
«Esta tarde á las tres se ha reunido la comisión
que entiende en la acusación contra el ministro Sa-
gasta, y después de haberse leído varios documentos
que pidió anteriormente al Gobierno y que éste había
remitido, la misma comisión acordó pedir también
lo que ha dado en llamarse el expediente de policía,
que no es tal expediente, sino documentos que con-
servan los ministros para los usos que estimen oportu-
nos.

Lo que se quiere, según puede creerse, á juzgar
por esta reclamación innecesaria, es dar largas al
asunto hasta el lugar y hora en que sea posible.
El Sr. Romero Ortiz excitó el celo de la comisión
y pidió que cuanto antes formulara su dictamen,
porque realmente la acusación no se dirige ya contra
el Sr. Sagasta y sus compañeros de Gabinete, sino
contra todo el partido constitucional, que manifiesta
espontáneamente ser solidario del acto de que se
acusa á aquel distinguido hombre de Estado.

La comisión dió pruebas de haber oído con gusto
al Sr. Romero Ortiz, y prometió formular cuanto an-
tes el dictamen correspondiente; pero nosotros se-
guimos creyendo que no cumplirá su promesa, aun-
que desee cumplirla, sin duda por obedecer á una
consigna.

Trátase aquí de hechos esencialmente políticos,
y nada importa al partido radical la conducta que,
al parecer, se propone seguir en esta importante cues-
tión.

Por nuestra parte, y en vista de la conducta que
sigue el ministerio, hacemos punto en esta cuestión
y aguardamos el debate. Sólo entonces podremos sa-
lir de nuestra reserva.

Los colegas que uno y otro día se nos dirigen con
preguntas importunas y reñidas de cierto gusto
comprenderán nuestra actitud, y suponemos que
tendrán por conveniente respetarla.

Así lo esperamos, porque sentiremos vernos obliga-
dos á romper el voluntario silencio.»

Dos cosas saltan desde luego á la imaginación:
la una, respecto á *El Debate*; la otra, con
relación á *La Iberia*.

Con relación á *El Debate*, la idea rara de
que los documentos que se han reclamado per-
tenezcan á los ministros, que los conservan para
sus usos particulares. Esto no es cierto, y sería
absurdo; y la prueba de que son verdaderos
expedientes que pertenecen al Estado, consiste
en que el Sr. Sagasta presentó á las Cortes,
como justificante, ese expediente, y lo que pre-
sentó el Sr. Sagasta voluntariamente cuando
era ministro no puede dejar de volverse á pre-
sentar, si se reclama por la comisión de acusa-
ción. Esto no admite réplica.

El Sr. Sagasta no ha podido llevarse á su
casa lo que presentó como justificante de los
dos millones. El hecho puede tener gran im-
portancia y no es posible dejarle pasar como
acto de poca trascendencia.

Con respecto á *La Iberia*, vemos que des-
pués de aquellos furiosos parece que se va cal-
mando y no provoca tanto á los radicales.

Más vale así.

Ahora salimos con que entre los individuos
de la comisión de acusación, no hay conformi-
dad en cuanto á empastelar el asunto y que el
proposito de algunos al pedir datos, es el de
claveter mejor la acusación, para lo cual creen
tener ya motivos bastantes.

Lo que no se sabe á punto fijo, ni es fácil
averiguarlo, es si el pastel se había confecio-
nado en la pastelería ministerial ó si los que se
proponen deshacerlo son los verdaderamente
inspirados por el ministerio.

Hay quien cree que unos y otros obedecen
á inspiraciones ministeriales y que se hace uso
de las dos velas para que la escena no quede á
oscuras y pueda divisarse la salida.

Ayer á las diez hubo consejo de ministros
en la presidencia, en el que parece se trató de
la cuestión Hidalgo.

También se trató de la cuestión de orden
público, que ofrece mal cariz en algunas pro-
vincias y del relevo del Sr. Baldrich, que urge
para evitar la interrelación con que parece
amenaza el Sr. Balaguer.

La próxima vacante del ministerio de la
Guerra, es causa de que se agiten opuestas in-
fluencias. Los candidatos que reúnen más pro-
babilidades de triunfo, son los generales Gán-
dara y Moriones, apoyado éste por la Tertulia
progresista y protegido el antiguo jefe del cuar-
to de D. Amadeo en elevadas regiones.

Nuestros lectores verán sin duda con pena,
por el contenido de la siguiente carta, que tam-
bién va de rechazo y de una manera bien sen-
sible y dolorosa contra alguno de nuestros
amigos políticos, la insurrección carlista. Nada
de menos por hoy sobre la arbitraria detención
del Sr. Jover, porque esperamos la solución de
este asunto, para juzgarlo de la manera debida.

«Lémana 10 de Noviembre de 1872.

Muy señor mío y estimado amigo: Tengo el sen-
timiento de anunciar á Vd. que ayer se presentó en
Tárraga la facción Castells, fuerte de 900 hombres,
y se llevaron presos á nuestros amigos y correlacio-
narios, Sres. Jover, presidente de nuestro comité en
esta provincia, Tarius y Bruges, en calidad de re-
tenciones hasta que se le entregaran los 4.000 duros
que el jefe carlista impuso de contribución á este pueblo.
En vano fué que nuestros amigos hicieran presente
á Castells la injusticia de que se hiciera responsable
del pago de esta suma en la segunda población de
esta provincia, á solos tres sujetos que pertenecen,
por cierto, á un partido que en nada les ha inole-
stado; que, al contrario, vienen sufriendo toda especie
de vejaciones de los revolucionarios, mientras de-
jala

en libertad á los individuos del ayuntamiento que
son de los partidos dominantes.

Nada consiguieron. El mismo resultado obtuvo
una comisión de vecinos de Tárraga que pasó des-
pués á Agramunt á conferenciar con Castells y ver
de arreglar que se pusiera en libertad á nuestros
amigos y los medios de hacer efectiva la cantidad
exigida, insistiendo el jefe carlista en que con sus
vidas habían de responder los presos si no les apro-
taban la cantidad exigida.

La razón de este ensañamiento contra nuestros
amigos, parece consistir en que suponen injusta-
mente que nuestro partido fué el que puso fin á la
insurrección de las Provincias Vascongadas y Na-
varra, contribuyendo al convenio de Amoreviva.

Esto se va poniendo bueno. Las partidas carlistas
aumentan y andan por donde les place, entrando en
las poblaciones más importantes, pues la persecu-
ción por las tropas del ejército es nula, y las dis-
tintas salidas que hizo el comandante general de
esta provincia con una fuerte columna en ambas
ocasiones fué para ocuparse únicamente de elec-
ciones.

De V., etc.»

La cuestión Hidalgo sigue embrollándose
cada vez más. Mientras los oficiales de artillería
que se dieron de baja por enfermos al tomar
posesión de su cargo el nuevo capitán general,
pasan su penosa convalecencia arrestados en el
hospital de Vitoria, los jefes y oficiales de la
misma arma se reúnen en Madrid para tomar
acuerdo respecto á la conducta que deben ob-
servar en vista de la actitud adoptada por sus
compañeros.

Parece que se ha acordado en consejo de
ministros nombrar al Sr. Hidalgo director de
carabineros con el objeto de salir del apuro y
dejar la subordinación bien puesta, á estilo ra-
dical; pero los generales recientemente promo-
vidos no encuentran digna de aplauso una so-
lución que les priva de una plaza codiciada, y
que conceptúan un rasgo de debilidad.

Ya dijimos ayer que el conflicto se conjura-
ría saliendo del mal paso de cualquier mane-
ra, y así será.

Suponemos que la prensa ministerial será
tan cortés que no dejará sin respuesta las pre-
guntas de *La Tribuna*, siquiera para que el
general Córdova vaya á Ultramar rodeado del
conveniente prestigio.

Dice así el citado periódico:
«Querían decimos los periódicos ministeriales,
por qué ha dimitado el Sr. Primo de Rivera su cargo
de capitán general de las Provincias Vascongadas?

«Es verdad que existe en el ministerio de la Guerra
una comunicación suya dando cuenta de un des-
falle considerable habido en la caja del regimiento
de Luchana, que por espacio de tanto tiempo mandó
el coronel Del Amo?

«Es verdad que este punto negro no ha querido
blanquearlo el general Córdova?

«Haben, si quieren los periódicos ministeriales,
porque estamos al tanto del asunto, y podemos ser
más explícitos.»

Ayer han escaseado las noticias sobre la in-
surrección carlista. Las que hallamos en *El
Imparcial* contienen detalles que nada tienen
de agradables.

Hélas aquí:

«La columna del coronel Gainza, que fué la primera
que atacó á los carlistas poseedores de Balaguer,
fue reforzada inmediatamente con tres compa-
ñías de cazadores de Figueras, los batallones de Reus,
Cataluña y Madrid y secciones de la Guardia civil y
cabillos.

El ataque, que comenzó á las cuatro de la tarde,
fue muy encarnizado y sostenido denodadamente por
la facción, que se había apoderado del puente, echan-
do la puerta que le cierra en su extremo. La noche
hizo que se suspendiera el combate, que comenzó
anteayer con mayor encarnizamiento, y cuyo resul-
tado fué completo para nuestras tropas, á la llegada
del general Andía con algunas de las fuerzas que an-
teriormente expresamos.

En el combate contra los carlistas poseedores
de Balaguer, ha resultado gravemente herido un co-
ronel de infantería.

El brigadier Sr. Arrando llegó anteayer con la co-
luna que manda á Calaf, habiendo continuado ayer
su marcha en persecución de Castells.

No se tienen noticias precisas de la situación del
general Andía, que después de la acción de Balaguer
se le suponía en dirección de Solsona.

El cabecilla Saballs ha pasado por San Juan de
las Abadesas con dirección, al parecer, á San Quir-
ce. El brigadier Pieltain entró ayer en Girona.

Las operaciones militares que se practican en Cata-
luña tienden principalmente á impedir que la facción
Castells penetre en Aragón.

En la reunión de la izquierda republicana
verificada el domingo en el Gran Hotel de
París, ascendía el número de diputados pre-
sentes á 89, entre los cuales se contaban dos
de los elegidos el 20 de Octubre; M. Cre-
mieux, diputado por Argel, y M. Julio Méline,
por los Vosgos. Ya hemos dicho que la facción
de la extrema izquierda se pronunció contra
todo proyecto de reforma constitucional. La
izquierda moderada ha manifestado mucha
menor decisión en este asunto, limitándose á
expresar su opinión de que ninguno de sus in-
dividuos debía tomar la iniciativa en los pro-
yectos en cuestión.

Aunque sea menos explícita, en apariencia
que la resolución adoptada por la *Union re-
publicana*, esta formal reserva indica, sin em-
bargo, de parte de la izquierda moderada pro-
pósitos que, en un caso dado, la acercarán mu-
cho más á la izquierda radical que al centro
izquierdo, en el terreno de las modificaciones
constitucionales.

A esto hay que añadir que, según noticias
de la *Liberté*, los tres grupos de la izquierda
están perfectamente de acuerdo para oponerse
á toda restricción del sufragio universal.

En la tarde del mismo domingo se reunie-
ron también los diputados de la derecha con
algunos pertenecientes al centro derecho, en el
hotel de los Réservoirs, en Versalles, bajo la
presidencia del barón de Larrey, concurrien-
do también el nuevo diputado del Morbihan,
M. Marlin.

La primera resolución adoptada fué rechazar
unánimemente la república y sostener la
«trégua de los partidos». A este propósito el
barón de Larrey creyó de su deber declarar que
si había permanecido en el ministerio durante
más de un año había sido únicamente con el
objeto de hacer respetar el pacto de Burdeos.

Los proyectos constitucionales no fueron
discutidos en el fondo, y el debate que se sus-
citó acerca de ellos no tuvo más resultado que
acordar las formas del proceder parlamentario.

Después de varias observaciones de mon-
sieur Pagés-Dupont combatiendo una proposi-
ción de M. Dahirel para que la Asamblea con-
teste al mensaje de M. Thiers con un discurso,
en el caso de que las declaraciones del presiden-

te tuviesen el carácter de una violación del
pacto de Burdeos, la reunión abordó el capí-
tulo de la constitución de la mesa de la Asam-
blea, sobre cuyo asunto no se manifestó dis-
puesta á acceder á las concesiones reclamadas
por las facciones de la izquierda, decidiendo
lisa y llanamente que no se verificara ningún
cambio en la lista de los vicepresidentes, los
cuales pertenecen todos á la derecha ó al cen-
tro derecho.

Todos estos acuerdos, tanto de la derecha
como de la izquierda de la Cámara, confirman
cuanto hemos dicho con repetición respecto á
la actitud probable de las diferentes facciones
de la Asamblea nacional francesa, añadiendo
una vez más que tales son los compromisos
contraídos por todas, que á pesar de la invo-
cación que se hace por muchas de ellas del
pacto de Burdeos, la lucha de los partidos va
á ser en esta legislatura mucho más ardiente
que nunca.

Los periódicos franceses publican, comen-
tándola de diversas maneras, la siguiente pro-
clama dirigida por el general Ducrot á los je-
fes y oficiales del cuerpo de ejército que tiene á
sus órdenes:

«Jefes, oficiales y soldados del octavo cuerpo: Al
aceptar el mando que me ha confiado el presidente
de la república, un solo pensamiento he tenido: el
país; una sola voluntad: trabajar con vosotros.
Después de las duras lecciones de la experiencia,
no tenemos necesidad de recordar que en el campo
de batalla el entusiasmo no puede suplir á la prepara-
ción; es decir, al trabajo acumulado.

En cuanto á nuestro papel moral, soldados, ¿ten-
dréis necesidad de trazarosle? ¿Necesito decir que
sois la esperanza de todos los que trabajan y de to-
dos los que oran?

El ejército es el alma de la nación. Hace poco,
esto parecía haberse olvidado; hace poco, parecía
que se nos abandonaba. Ya sabéis lo que sucedió.

Hoy, ricos y pobres, todos vendrán á nuestras fi-
las. Jamás se nos habrán impuesto deberes más im-
portantes ni más sagrados... porque instruyéndonos,
siendo disciplinados y fuertes, contaremos á los
enemigos del interior, sin que necesitemos acudir á
dolorosos rigores...»

Y en cuanto á aquellos á quienes hemos comba-
tido pie á pie desde el Rhin hasta las orillas del Lo-
re, ¿tendrán quiz? que sentir el haberlos destruido
el corazón arrancando de nuestras manos magulla-
das los hijos más queridos de la Francia.

El general de división comandante del 8.º cuerpo
de ejército, Ducrot.—En el campamento de Avor el
28 de Octubre de 1872.»

Escriben de Roma, con fecha 10 del corrien-
te que el barón de Kubeck, embajador de Aus-
tria cerca de la Santa Sede, se encuentra enfer-
mo de peligro.

El padre Jaudel, francés superior general
de la Orden de dominicos, está en una situación
tan extrema, que se ha dispuesto que se hagan
rogativas por el restablecimiento de su salud.

La Asamblea nacional francesa celebró el
11 su apertura. Abrióse ésta á las dos y media
bajo la presidencia de M. Benoist D'Azy, vice-
presidente de edad.

La concurrencia de diputados fué escasa,
hallándose en el salón de sesiones unos 150 di-
putados.

El banco de los ministros estaba desierto,
ocupando el de los secretarios los Sres. Re-
musat, Barante, Beauregard y Rives.

Después de haber dado parte al presidente
del fallecimiento de M. Sausage, se procedió
al sorteo de la mesa.

Según una nota publicada por el *Journal
Officiel* de Versalles, hasta ayer miércoles
no leía el presidente de la república su mensaje
á la Asamblea, debiéndose ocupar la Cámara
en las sesiones del 11 y del 12 en la constitu-
ción de la mesa.

Hasta la hora en que escribimos estas líneas
no hemos recibido despachos alguno telegráfi-
co dando cuenta de haberse dado ayer lectura
al mensaje.

Los incendios están á la orden del día. Hé
aquí lo que escriben de Londres. El día 10 se
declaró un incendio en las *Cyfi-Flour-Mills*
(molinos de harina de la ciudad) Upper Tha-
mes Street, que ha durado veinte y cuatro ho-
ras, habiendo quedado enteramente destruidos
los molinos. Cálculanse las pérdidas en 500.000
duros, habiendo que lamentar la muerte de un
bombero que se dice ha perecido en las llamas,
y de muchos heridos.

El vapor *Mauritins* ha naufragado á la vi-
sta de las costas de Irlanda, habiendo perecido
23 personas.

En el banquete del lord Mayor celebrado
en Londres el 9 del corriente, no hizo lord
Granville alusión alguna á las cuestiones de po-
lítica interior. Se extendió sobre las deferen-
cias de la Inglaterra con América, y declaró
que el veredicto del tribunal de Ginebra sólo
afecta á la hacienda de la Gran Bretaña; pero
en manera alguna á su honra. El noble lord
aconsejó que se pagara sin murmurar, haciendo
en seguida la historia de las negociaciones re-
lativas al tratado de comercio anglo francés,
cuya esencia y cuyos principios, dijo, están es-
trictamente de acuerdo con las ideas del libre
cambio. Ambos países, añadió, sin hacerse
concesiones, se confieren una mútua ventaja
por el compromiso que han contraído de con-
servarse en la posición de las naciones más fa-
vorecidas.

Lord Granville manifestó la esperanza de
que el tratado, cuando se haya examinado de-
tenidamente, merecerá la aprobación del mundo
comercial, terminando su discurso con estas
palabras: «Estamos resueltos á mantener con
firmeza el honor y los intereses de Inglaterra,
deseando al propio tiempo asegurar la paz
entre nosotros y en el exterior.»

De un artículo con que encabezó el *Ordre*
su número del martes, tomamos los siguientes
párrafos:
«Hoy se verifica la apertura de la Asamblea
nacional elegida el 8 de Febrero de 1871. La
crisis constitucional ha llegado al período últi-
mo y estamos abocados á su solución.

La inquietud es grande, la ansiedad es ge-
neral.—La nueva actitud en que tan brusca-
mente se han colocado los partidos desde la úl-
tima sesión; las cuestiones constitucionales
discutidas anónicamente en la prensa, en los
círculos políticos; la ruptura casi definitiva en-
tre el Gobierno y los radicales; la campaña en
favor de la disolución de la Asamblea, empen-
ada con más vigor que nunca por el partido

demagógico; todo, durante los últimos tres me-
ses transcurridos, ha contribuido á lanzar á la
opinión pública en una agitación extrema.»

Desgraciadamente, no es el *Ordre* el único
periódico francés que vé las cosas bajo el mis-
mo prisma.

Toda la prensa de oposición juzga de la
propia manera y vaticina terribles borrascas
en la Asamblea francesa.

LAS GLORIAS DE LA REVOLUCION.

Se nos ha remitido un folleto en que, bajo el tí-
tulo de *Guipúzcoa emancipada, regenerada y feliz por
obra y gracia de la revolución de Setiembre de 1868*, se
denuncian los abusos electorales cometidos allí por
la revolución dominante. Recomendamos la lectura
de este folleto, del cual pueden servir como muestra
los siguientes párrafos con que comienza y que
creemos verán con gusto nuestros lectores:

«*Omnia pro dominatione
servituti.*» (Tácito.)

El estado político y administrativo en que, va
para cuatro años, vive el país vascongado en general,
y muy especialmente la provincia de Guipúzcoa, ó
hablando con más verdad y exactitud, la opresión po-
lítica y administrativa bajo la cual gimen, cuatro
años hace, ese país y esa provincia, no tiene prece-
dente en ningún periodo normal de la historia.

Las mismas causas que con el mentido nombre
de *revolución* produjeron en España la escandalosa
rebelión de 1868, que más tarde, pero no mucho, da-
bió á su vez producir y de graciadísima ha produ-
cido la ruina de la monarquía, y con ella la de la
paz y de la fortuna pública y privada, engendraron
en el país vascongado la honda perturbación que
hoy amenaza dejar completamente cegados todos los
manantiales de su prosperidad y bienestar.

En España, como en el país vascongado, la im-
paciente desenfrenada ambición de

